vía, y también porque está un poco emocionado, como si fuera á disparar un cañonazo. Su corazón late, al apoyar el dedo en la tecla; algunas veces lo levanta, después de haberlo hundido un poco, para posarlo sobre otra. ¿Se sabrá lo que va á salir de ésta ó de aquélla? De pronto, el sonido surge: hay algunos profundos, otros agudos, unos que tintinean, otros que rugen. El niño los escucha largo tiempo, uno por uno, disminuir y extinguirse; se balancean como las campanas, cuando se está en los campos, y que el viento las trae y las aleja una y otra vez; después, al poner atención, se oyen otras voces diferentes, que se mezclan y giran como revolotean los insectos; parece que nos llaman, que nos llevan á lo lejos... lejos... cada vez más lejos, á sus retiros misteriosos, donde se precipitan y se hunden... Han desaparecido!... No, aún murmuran... Es como un batir de alas... ¡Qué extraño es todo eso! Son como espíritus. ¡Lo que no se explicaba era que obedecieran así y que estuvieran cautivos en aquella bella caja!

Pero lo más bello de todo, era cuando ponía á la vez dos dedos sobre dos teclas distintas. Jamás sabía exactamente lo que iba á suceder. Algunas veces, los dos espíritus son enemigos; se irritan, se golpean, se odian, zumban con un aire vejado; su voz se llena de amplitud y grita, ya con cólera, ya llena de dolor.

Cristóbal adora eso; se diría que eran monstruos encadenados, que mordían sus ligaduras, que golpeaban las paredes de su prisión; parece que van á romperlas y á hacer irrupción en el exterior, como refería el libro de cuentos de los genios encerrados en los cofres árabes con el sello de Salomón. Otros os adulan, tratan de engañaros acariciándoos; pero se siente que lo que quieren es morder, y que son devorados por la fiebre. Cristóbal no sabe qué quieren; pero ellos lo atraen y lo turban; casi lo hacen sonrojarse. Y aún otras veces encontraba notas que se amaban: los sonidos se enlazaban, como se hace con los brazos, al besarse; son graciosos y dulces. Son los espíritus buenos; tienen caritas sonrientes y sin arrugas; aman al pequeño Cristóbal y el pequeño los ama; se le vienen las lágrimas á los ojos al oirlos y no se cansa de evocarlos. Son sus amigos, sus caros y tiernos amigos.

Así el niño se pasea en la selva de los sonidos, y oye alrededor de él mil fuerzas desconocidas, que lo espían y lo llaman, para acariciarlo ó para devorarlo.

(Del libro «El Alba» de Romain Rolland)

«El Alba» es el primer libro de la serie titulada «Juan Cristóbal», que consta de 10 volúmenes y que es la obra maestra de delicadeza y de inspiración de la literatura francesa en nuestros días. Es la historia de un músico alemán, Cristóbal, que recuerda la del insigne Beethoven, escrita por el más espiritual y delicado de los escritores franceses, Romain Rolland.